

El honor como divisa

Calderón de la Barca, militar y sacerdote, cinceló el espíritu con el que hemos vivido tantos militares españoles. Su verso famoso lo tenía puesto, en azulejos, mi padre en la entrada de los pabellones que habitamos por toda la península en sus diferentes destinos en la Guardia Civil.

“... En buena o en mala fortuna la milicia no es más que una religión de hombres honrados”. <https://youtu.be/ynxsVqjluVE>)

El honor pertenece al ámbito de la interacción social. La raíz es personal, desde luego, pero la máxima de que “una vez perdido, no se recupera jamás” no es cristiano, que es la matriz originaria de nuestra cultura occidental. Más si cabe en la cabeza y el corazón de Calderón, que tenía en Jesucristo el modelo que todas las virtudes, o en los de nuestro fundador, el duque de Ahumada.

De su biografía se desprende fácilmente el alto concepto que tenía del cumplimiento de su misión. Perteneciente a la nobleza tenía antepasados militares insignes muy bien relacionados con el poder político del que recibieron numerosos encargos de alta responsabilidad. Su abuelo y su padre tuvieron en él gran influencia, a pesar de los avatares históricos que les provocaron frecuentes altibajos profesionales. La firmeza en el cumplimiento de sus deberes afianzó en nuestro duque una visión que se elevaba por encima de los cambios de poder político. En este sentido supo dotar a la Guardia Civil de un alto sentido de misión estatal que hundía sus raíces en el respeto a la ley y el amor a España. Esta característica relación con el poder constituido nos puso por delante de las demás armas y cuerpos del Ejército, y sigue siendo una de nuestras señas de identidad más queridas por los españoles.

Decía que existe una fuente que altera la tradición cristiana en la guarda del honor. Me parece que su raíz es clásica, pertenece a la Antigüedad, pero se perfila socialmente en el modelo caballeresco de la Edad Media que llevó después a los ajustes de cuentas románticos y a la exagerada custodia de un honor inmaculado. Y es que ya los romanos se tomaban muy en serio la “*pietas*”.

Cicerón definió la *pietas* como la virtud "que nos exhorta a cumplir con nuestro deber en nuestro país o con nuestros padres u otros parientes de sangre". El hombre que poseía la *pietas* realizaba todos sus deberes para con la divinidad y para con los seres humanos, plenamente y en todos sus aspectos. Es la virtud que nos dispone a devolver en lo posible, puesto que siempre estaremos en deuda, lo que nos da la familia, la Patria y Dios.

El honor, como la virginidad, una vez perdidos, no se recuperan jamás. Sin embargo, para el cristiano sí cabe un renacimiento, un volver a poner el contador a cero, a través del sincero arrepentimiento y confesión del pecado cometido. Que el concepto de honor a la antigua siga siendo la divisa del Cuerpo y de cada uno de sus componentes no debería excluir la experiencia de su pérdida y recuperación.

De tejas abajo, si embargo, una mancha en el expediente es difícil de borrar. Solo Dios o la propia deformación moral puede hacernos olvidar el peso de un error pues solemos ser nuestros peores críticos. En los demás ocurre lo mismo. El haber fallado una vez afecta muy profundamente a la confianza mutua. Que un jefe, oficial, suboficial, cabo o guardia haya mancillado su honor lo pone en la difícil situación de rehacer su prestigio y recuperar la confianza de los demás. Se produce así una doble circunstancia. Por una parte, el honor es un ideal inalcanzable puesto que todos experimentamos el dolor de no haber dado la talla por el alto concepto que tenemos del servicio a todos los españoles. Por otro lado, nos resulta difícil rehacernos porque la mancha, aunque los demás no la conozcan, es difícil de restañar. Sin embargo nos rehacemos con la ayuda del tiempo y la experiencia cristiana del perdón, aunque no se tenga fe, pues pertenece al acervo común de nuestra sociedad. Somos capaces de perdonarnos a nosotros mismos para superar la frustración. Y, si vencemos a la desconfianza, volvemos a depositar nuestra fe en los demás, si se muestran arrepentidos y asentados en nuestro ideal de impecabilidad. Un ideal que por ser cristiano perfecciona lo humano incluyendo la superación nuestra propia miseria.

Y es que la vida de Cristo llega al fondo del honor aunque no es este el momento para desarrollar esta realidad. Quizás sirva para ilustrar hasta dónde alcanza el honor cristiano un himno que se reza en las

vísperas de cuaresma y que refleja bien la cara y la cruz de esta virtud: el de servir a los demás por amor hasta dar la propia vida.

¿Para qué los timbres de sangre y nobleza?
Nunca los blasones
fueron lenitivo para la tristeza
de nuestras pasiones.

¡No me des coronas, Señor, de grandeza!
¿Altivez? ¿Honores? Torres ilusorias
que el tiempo derrumba.
Es coronamiento de todas las glorias
un rincón de tumba.

¡No me des siquiera coronas mortuorias!
No pido el laurel que nimba al talento,
ni las voluptuosas
guirnaldas de lujo y alborozamiento.

¡Ni mirtos ni rosas!
¡No me des coronas que se lleva el viento!

Yo quiero la joya de penas divinas
que rasga las sienas.
Es para las almas que tú predestinas.
Sólo tú la tienes.
¡Si me das coronas, dámelas de espinas! Amén”.

Filósofos, políticos, ingenieros y poetas, militares y abogados, amas de casa y médicos de todos los tiempos, de todas las clases, han tenido esta virtud en alta estima. Todos las personas de honor han gozado de esta confianza personal y social. Y la han custodiado pues, conociéndose, temían perderla.

El honor remite a una verdad clásica, profundamente humana, que no pasa aunque la moda cultural le sea esquiva o, incluso, contraria. La divisa del Guardia Civil habla del señorío que ya se describe en el libro del Génesis, cuando Dios puso en nuestro corazón el amor a los hombres y el dominio (de dōminus, señor, responsable, cuidador) sobre la creación. Queremos ser el mejor pronóstico de los españoles y de nuestra tierra. El listón está muy alto por nuestra

tradición corporativa pero no es menos cierto que está a nuestro alcance. Intentamos mujeres y hombres de honor. ¿Quién no ha sentido esa honda satisfacción por el deber cumplido?

Pablo Lucena
Sacerdote y Oficial de la Guardia Civil